

3. Jorge Hernández Martínez *

Estados Unidos ante la contienda electoral de 2016: Crisis cultural, contradicciones ideológicas y dilemas políticos

El desarrollo en los Estados Unidos de las primarias durante la primera mitad del año y de las convenciones partidistas en el mes de julio, como parte de las elecciones presidenciales y generales que culminarán en noviembre de 2016, han puesto de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia norteamericana reciente, la crisis que vive el país desde hace ya más de tres décadas y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas intermitencias, más allá de las coyunturas electorales¹. La pugna política entre demócratas y republicanos, así como

* Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) y Presidente de la Cátedra “Nuestra América y Estados Unidos”, Universidad de La Habana (Cuba). jhernand@cehseu.uh.cu

¹ Véase Alison McQueen, “The Apocalypse in the U.S. Political Thought”, <https://www.foreignaffairs.com/authors/alison-mcqueen>, Snapshot, July 18, 2016.; y Francis Fukuyama, “American Political Decay or Renewal? The Meaning of the 2016 Election,” Essay, July/August 2016 Issue, <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-06-13/american-political-decay-or-renewal>

las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, ha definido la actual campaña presidencial -- cercana ya a su fin--, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada Revolución Conservadora --o lo que Sean Wilentz ha calificado como la “era de Reagan”--, caracterizaban el imaginario, la cultura y el *mainstream* político-ideológico de la sociedad norteamericana². Esa transición se troquea en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política³. De ahí que la crisis no se restrinja a una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales, no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

Con el telón de fondo de la crisis en la esfera económico-financiera, que resulta determinante para la sociedad en su conjunto, queda claro que el sistema político, y en particular, el subsistema electoral,

² Véase Sean Wilentz, *The Age of Reagan: A History (1974-2008)*, Harper Collins Publishers, New York, 2008.

³ Véase Luis René Fernández Tabío, “Estados Unidos: rasgos de la crisis económica 2007-2009 y perspectivas de ajuste”, en *Economía y Desarrollo*, vol. 148, núm. 2, julio-diciembre, La Habana, 2012. El autor señala que “la última crisis económica y financiera ocurrida en Estados Unidos no debe apreciarse solamente como una gran crisis cíclica más, sino como parte de un ajuste estructural de mayor alcance, aún no concluido; ha sido el resultado de la acumulación de contradicciones y desbalances de la economía interna norteamericana y del sistema mundial por un periodo largo, iniciado a finales de la década de 1970, que ha venido provocando, gradualmente, un cambio en la configuración del orden económico internacional y no solamente en la economía norteamericana”, p. 208.

también están atrapados en ese proceso más amplio. Valeria L. Carbone lo constata, cuando examina las elecciones de 2008 y señala que “un suceso particular evidenció, de forma manifiesta y definitiva, las profundas grietas que el sistema presenta”, a lo que añade que “Obama decidió, por primera vez desde que el sistema de financiamiento federal fue implementado, rechazar los fondos públicos para su campaña electoral por la presidencia de los Estados Unidos”⁴. Ese intento de independizarse de un engranaje fallido y resquebrajado, como demuestra la autora, es sólo una manifestación de una crisis orgánica, a lo largo y ancho de la sociedad norteamericana.

Es decir, que los procesos electorales que tienen lugar en ese país al finalizar el siglo XX y los que acontecen durante la década y media transcurrida en el XXI, con anterioridad a las elecciones en curso, han reflejado una penetrante crisis que trascendía el ámbito económico, se expresaba en el sistema político y además, en la cultura. A partir de esta premisa, el presente trabajo explora de forma abreviada las principales manifestaciones de la crisis en el ámbito de la cultura política, con especial referencia a las implicaciones para la ideología y su expresión en los debates de los partidos⁵. El análisis se lleva a cabo en el

contexto de las elecciones de 2000, 2008, 2012 y 2016. En este último caso, la referencia abarca la etapa previa a los comicios generales, deteniéndose al concluir las Convenciones Nacionales a mediados del año.

La crisis cultural

Al comenzar el decenio de 1980, en el marco de las elecciones generales y de la citada Revolución Conservadora, se resquebrajó la imagen mundial que ofrecían los Estados Unidos como sociedad en la que el liberalismo se expresaba de manera ejemplar, emblemática, al ganar creciente presencia el movimiento conservador que se articuló como reacción ante las diversas crisis que se manifestaron desde mediados de la década precedente, y que respaldó la campaña presidencial de Ronald Reagan, como candidato republicano victorioso. Con ello se evidenciaba el agotamiento del proyecto nacional que en la sociedad norteamericana se había establecido desde los tiempos del *New Deal*, y concluía el predominio del liberalismo, conformando un arco de crisis que trascendía los efectos del escándalo Watergate, la recesión económica de 1974-76, el síndrome de Vietnam y los

⁴ Valeria L. Carbone, “Banca para ser Presidente’: Las campañas presidenciales en los Estados Unidos y el rol del dinero en el proceso electoral estadounidense”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, Cátedra de Historia de Estados Unidos UBA, Marzo, 2013, p. 107.

⁵ En anteriores trabajos, el autor examina esas manifestaciones, sobre todo las relacionadas con las elecciones de 2008 y 2012. Véase Jorge Hernández

Martínez, *Los Estados Unidos y la lógica del imperialismo: ¿Perspectivas de cambio bajo la Administración Obama?*, en: *Cuba Socialista*, No. 55, Abril-Junio, La Habana, 2010; “Los árboles y el bosque: Estados Unidos, la crisis y las elecciones de 2012”, en *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, Cátedra de Historia de Estados Unidos UBA, Marzo, 2013; y “Los Estados Unidos: perspectivas y opciones de los procesos político-ideológicos internos”, en *Cuadernos de Nuestra América*, Vol. XXV / No.47, CIPI, Julio/Diciembre, La Habana, 2013

reveses internacionales que impactaron entonces la política exterior de los Estados Unidos.

En ese marco, el conservadurismo aparece como una opción que, para no pocos autores, constituía una especie de sorpresa, al considerarle como una ruptura del *mainstream* cultural, signado por el pensamiento y la tradición política liberal. En la medida en que el país era concebido en términos de los mitos fundacionales que acompañaron la formación de la nación, y percibido como la cuna y como modelo del liberalismo, el hecho de que se registrara su quiebra era un hecho sin precedentes en la historia norteamericana. Así, la acumulación de frustraciones que desde los años de 1960 estremecieron al país, con la conjugación del auge del movimiento por los derechos civiles, el nacionalismo negro, la contracultura, el fenómeno *hippie*, las drogas, la canción de protesta y el sentimiento antibelicista, junto al cuestionamiento de la eficiencia de los gobiernos demócratas y de las políticas liberales para proteger la fortaleza económica, política y moral del imperio, conducen a finales de la década de 1970 a la búsqueda de alternativas que pudiesen superar las sensaciones de desencanto o decepción asociadas a las debilidades atribuidas a la Administración Carter, y devolverle tanto a la opinión pública, a la sociedad civil y a los círculos gubernamentales, la habitual autoestima nacional, basada en los mitos del Excepcionalismo Norteamericano y del Destino Manifiesto.

Hasta ese período, el panorama ideológico y cultural prevaleciente en la sociedad

estadounidense se definía como una era de consenso. Con independencia de las implicaciones de los cambios económicos y políticos que se introdujeron a finales de la década de 1940 y a lo largo de la de 1950, el beneficio y la prosperidad que siguió a la Segunda Guerra Mundial condujo a una alta satisfacción de la sociedad norteamericana con el sistema imperante. Sin desconocer las contradicciones y problemas internos, se mantuvieron las bases de la legitimidad del sistema, construidas en las prácticas reformistas y liberales del *New Deal*, adquiriendo una nueva significación los valores básicos del conceso *roosvelvetiano* en el marco de las nuevas necesidades de justificación del nuevo papel internacional de los Estados Unidos y los requerimientos de su desenvolvimiento económico. En ese proceso, el mejoramiento del nivel de vida de la población jugó un rol importante en la adecuación de dichos valores y en el fortalecimiento del consenso nacional.

Es en el decenio de 1960 en el que florecen los síntomas de una crisis cultural que refleja efectos que pueden calificarse de democratizantes, en la medida en que se reclamaba una mayor participación social y se criticaba con fuerza a los valores de la cultura dominante, en la que convergen a la vez regresiones ideológicas y políticas, como reacciones ante lo anterior. Los sujetos de estos cambios culturales son los nuevos actores que irrumpieron en la escena pública, a través de movimientos, organizaciones y figuras que propician mutaciones en las relaciones sociales entre la sociedad y el Estado, el individuo y la autoridad, y entre las generaciones jóvenes y viejas. Tales procesos se verifican como resultado de la tensión

entre el impulso de fuerzas progresistas, a favor del cambio, que se van expandiendo, y fuerzas conservadoras que comienzan a visibilizarse, hasta emerger con toda su fuerza en los años de 1980, brotar de nuevo en la década de 2000, y reaparecer en la de 2010.

En palabras de Patricia de los Ríos, “el proceso de organización de los grupos conservadores durante década de los años 60, obedeció a diversas causas. Tal vez la más importante fue el cambio en las relaciones raciales prevalecientes hasta principios de los sesentas, que creó una fuerte resistencia; la reacción de angustia y temor que engendró el deterioro de la hegemonía estadounidense como resultado de su derrota en la guerra Vietnam, y sobre todo las divisiones sociales y políticas que el conflicto generó”⁶.

Las expectativas que se crearon desde los comicios de 2008 y de 2012, cuando Obama se proyectaba como candidato demócrata, esgrimiendo primero la consigna del cambio (*change*) y luego la de seguir adelante (*go forward*), formulando las promesas que en su mayoría no cumplió, son expresión de lo anterior, a partir de la frustración que provocara la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño en su doble período de gobierno, junto a otros acontecimientos traumáticos que conllevaron afectaciones en la credibilidad y confianza popular, como las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de

⁶ Patricia de Los Ríos, “Los movimientos sociales de los años sesentas en Estados Unidos: un legado contradictorio”, en *Acta Sociológica*, vol. 13, núm. 38, septiembre-diciembre, UAM, México, 1998, p. 26.

Wikileaks. Ese contrapunto reflejaba tanto las esperanzas como las desilusiones de una sociedad que, desde el punto de vista objetivo se ha venido alejando cada vez más del legado de la Revolución de Independencia y de ideario de los “padres fundadores”, en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujan de manera casi constante y creciente; pero que en el orden subjetivo es moldeable, influenciado por las coyunturas políticas, como las electorales, y sus manipulaciones.

Según lo precisa Jaime Zuluaga, Obama ha prestado mucha atención a la dimensión moral de la política. No ha sido casual. Los valores y principios que definen a la sociedad norteamericana tienen su raíz, como en cualquier país, en las simientes de su historia nacional. En el proceso mismo de su formación como país independiente, es que se vertebra la armazón del sistema de valores, el conjunto de concepciones, que conforman la psicología nacional, la idiosincrasia, la cultura norteamericana⁷. Esa apelación a los principios ha respondido al propósito de Obama mostrar su voluntad por reparar las grietas en esta última --en la que predomina la ideología blanca, anglosajona, protestante, de clase media (*wasp*)--, que según la visión conservadora lo ha causado el auge de la migración, que ha traído consigo lenguas, costumbres, creencias religiosas y

⁷ Jaime Zuluaga “La construcción de la identidad nacional de Estados Unidos”, en Marco A. Gandásegui, hijo y Dídimo Castillo Fernández (coords.) 2010 *Estados Unidos. La crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación*, Siglo XXI Editores/CLACSO, México, 2010.

tendencias políticas ajenas al tejido cultural tradicional de los Estados Unidos. En rigor, durante los ocho años de de gobierno de Obama --a pesar de que al inicio parecía agotado el perdurable legado conservador de la doble Administración republicana de George W. Bush, que había heredado y recreado del prolongado período de doce años, en que Ronald Reagan y George H. Bush ocuparon la Casa Blanca, y de que el nuevo presidente negro restablecería, como alternativa, una era de liberalismo--, la escena política norteamericana no ha dejado de estar marcada por un clima de derecha, que aunque se contrajo o sumergió durante los gobiernos demócratas de William Clinton, nunca desapareció. De hecho, si bien las proyecciones político-ideológicas de Obama desde sus campañas presidenciales en 2008 y 2012 sugerían un retorno liberal, en la práctica su desempeño nunca cristalizó en un renacimiento del proyecto liberal tradicional, el cual también parece estar agotado o haber perdido funcionalidad cultural.

En 2016, la plataforma que ha acompañado, por ejemplo, la campaña de Donald Trump, tiene un antecedente no sólo en las propuestas de la *New Right* que impulsaron, junto a otras corrientes, a la Revolución Conservadora en los años de 1980, sino en el movimiento en ascenso, también de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba, encarnadas más recientemente en el *Tea Party*⁸. Entretanto, la tendencia encarnada por Bernie Sanders, identificada como radical y socialista, que podría

⁸ Véase Theda Skocpol and Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Oxford University Press, New York, 2012.

asociarse con el antecedente del movimiento *Occupy Wall Street*, que expresaba una orientación de inconformidad y rechazo ante la oligarquía financiera, que no logró constituirse como fuerza política que rompiera el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo, ha tenido un destino similar.

Para Thomas Frank, desde que los conservadores asumieron las principales palancas del gobierno durante la primera década del presente siglo, se habían concentrado en eliminar de la faz del país todo pensamiento u opción política que sea liberal, progresista o inclinada a la izquierda, alegando que los vicios que dañan la sociedad y la cultura nacional son privativos de las corrientes liberales y progresistas (corrupción, exceso de gastos fiscales, etc.). Para Frank, era necesario de articular un movimiento de “mano dura” que neutralizara los “daños” del liberalismo⁹.

En una línea similar de análisis, Carlos Alzugaray consideraba que “la crisis político-ideológica que enfrentan los Estados Unidos al terminar el decenio de 2000 es la resultante del intento del movimiento conservador por hegemonizar y dominar permanentemente el entramado político norteamericano hacia el futuro. Respecto a cómo se resolverá esta crisis no hay ese nivel de consenso”¹⁰. Para Susan George, John

⁹ Véase Frank, Thomas, *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?*, New York, Metropolitan Books, 2008.

¹⁰ Carlos Alzugaray Treto, “La administración Bush y la historia reciente de Estados Unidos: crisis hegemónica, sobredimensionamiento imperial o comienzo de la decadencia final”, en: *Pensar a Contracorriente*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.

Micklethwait y Adrian Wooldridge el predominio del pensamiento de derecha en la sociedad norteamericana en el siglo XXI difícilmente podría ser desmantelado.¹¹ Sobre la base de lo expuesto, se comprende que un contexto tan polarizado y con la pujanza ideológica conservadora, se dificulte la reconstrucción del liberalismo en un entorno de marcadas contradicciones ideológicas y de incapacidad de los partidos para presentar propuestas convincentes, consecuentes y viables durante los procesos electorales del presente siglo.

La contienda presidencial de 2016

Ese contrapunteo de ideas por la hegemonía del pensamiento norteamericano está planteado hoy en términos muy claros. El movimiento conservador cuyo desarrollo se ha hecho notablemente visible al comenzar la campaña electoral a inicios de 2016, alimentado por el resentimiento de una rencorosa clase media empobrecida y por la beligerancia de sectores políticos que se apartan de las posturas tradicionales del partido republicano, rompe los moldes establecidos, evoca un nacionalismo chauvinista, acompañado de reacciones casi fanáticas de intolerancia xenófoba, racista, misógina¹².

¹¹ Véase Susan George, *El pensamiento secuestrado: cómo la derecha laica y religiosa se han apoderado de Estados Unidos*, Editorial Icaria, Barcelona, 2007, y John Micklethwait y Adrian Wooldridge, *Una Nación Conservadora, El poder de la derecha en Estados Unidos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2007

¹² Véase Robert Kagan, "Trump is the GOP's Frankenstein monster", *The Washington Post*, February 26th, 2016.

En este sentido, conviene recordar la resonante reunión durante la primera Administración de Obama, de los miembros del *Tea Party* en Nashville, Tennessee, y el discurso de su líder más visible, Sarah Palin, que llevó la corriente ideológica populista de extrema derecha hasta el grado de elogiar la ignorancia como muestra de autenticidad o identidad cultural norteamericana, y de destacar como la mayor cualidad política de Scott Brown, el senador electo entonces por Massachusetts, el hecho de ser "simplemente un hombre con una camioneta"¹³.

Estas recientes expresiones del conservadurismo reflejan la frustración del sector de hombres blancos adultos, acumulada desde los años de 1960, a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión. Se trata de ese sector poblacional blanco, de clase media, que se ha ido incrementando durante las últimas décadas, que fue orgullo de la nación en los años de la segunda postguerra, sobre todo en los de 1950, pero que ha sido, según sus percepciones, maltratado por la última revolución tecnológica, la proyección externa de libre comercio y la reciente crisis económica.

¹³ Antonio Caño, "El Nuevo Conservadurismo Americano", 12 de febrero, 2010, http://internacional.elpais.com/internacional/2010/02/12/actualidad/1265929216_850215.html.

Esa clase media blanca, anglosajona y protestante, que se considera afectada y hasta herida, reacciona contra lo que simboliza sus males e identifica como amenazas o enemigos: los inmigrantes, las minorías étnicas y raciales, los políticos tradicionales. Intenta reducir la competencia, que considera injusta, propone medidas proteccionistas, se opone a los tratados de libre comercio y pretende que los Estados Unidos sean la tierra prometida, pero sólo para los verdaderos norteamericanos.

No cabe duda que las elecciones de 2016 pueden valorarse como las más inusuales, polarizadas e impredecibles en la historia política reciente de ese país. Aunque como se señalaba al inicio, el trasfondo de crisis cultural en las que se insertan no es novedoso, sí lo es el contexto de contradicciones que establece el descontento con el *establishment* y los políticos tradicionales, que ha impulsado tanto a Sanders como a Trump, en tanto figuras que en otras circunstancias hubiese sido casi imposible de imaginar como precandidatos viables en las primarias, y mucho menos, como arribantes a las convenciones partidistas, y en el segundo caso, como candidato de su partido a la presidencia. Esta situación se explica por la presencia disruptiva de dos figuras que se definen como *outsiders*, con propuestas radicales alejadas de los enfoques tradicionales, que han apelado, tanto del lado republicano como del lado demócrata, a los sentimientos intra y suprapartidistas de desilusión, desconfianza, rabia y miedo que recorren a una mayoría antes silenciosa, pero ahora desbordada y dispuesta a castigar electoralmente a la clase política tradicional por su percibida

desconexión con la realidad azarosa de creciente desigualdad social, inseguridad laboral y estancamiento salarial que padece la otrora vigorosa clase media estadounidense. Lo interesante de este proceso, es que los padres fundadores de la nación norteamericana creyeron haber diseñado un sistema de gobierno blindado precisamente contra la aparición de esa incontrolable pasión popular, es decir, un sistema democrático representativo de la mayoría pero respetuoso de los derechos de las minorías, garantizado por un esquema de frenos y contrapesos que permitiera el ejercicio del poder político según el imperio de las leyes, y no de los individuos.¹⁴

Sin embargo, pareciera que ese blindaje institucional contra la “tiranía de la mayoría” se ha venido erosionando en los últimos años con la emergencia de movimientos que se mueven por fuera de los partidos, con orientaciones contrapuestas, como los mencionados *Tea Party* y *Occupy Wall Street*, a causa de la ansiedad y resentimiento de la población blanca norteamericana con el rumbo político y socioeconómico del país (reflejado en el visible deterioro de su calidad de vida, producto de la pérdida de empleos y salarios bajos y/o estancados); y como resultado de la alienación laboral y el malestar social de jóvenes, minorías raciales y étnicas, e inmigrantes ante la dramática reducción de sus posibilidades de inserción en la presunta sociedad de oportunidades tan propagandizada por el mito del “sueño americano”.

¹⁴ Véase Claudia Cinatti, “Donald Trump y la crisis del bipartidismo estadounidense”, en *La Izquierda Diario*, Número 27, marzo 2016. <http://www.laizquierdadiario.com/ideasdeizquierda/donald-trump-y-la-crisis-del-bipartidismo-estadounidense/>

No es de extrañar, pues, que se esté evidenciando un desafío existencial contra las instituciones partidistas tradicionales como mecanismos de selección y para la elección de los representantes de la voluntad popular en la sociedad estadounidense, mediante candidatos *outsiders* que han irrumpido con sorprendente fuerza dentro de la política partidista y capitalizado ese poderoso descontento popular anti-sistema, hasta demoler (Trump) o sembrar dudas e incluso deslegitimar (Sanders) tanto a los candidatos del *establishment* como al control partidista cupular sobre el proceso político de nominación de los dos principales candidatos a la presidencia de los Estados Unidos.

Esta situación expresa una crisis profunda del sistema bipartidista que inquieta a las concepciones y prácticas tradicionales de ambos partidos, toda vez que se le teme tanto a un eventual realineamiento electoral que pudiera descolocar a uno de los partidos hegemónicos del sistema, como a la posible viabilidad de ese exceso de democracia liberal o de “tiranía de la mayoría” a la cual tanto temían los federalistas fundadores de la república norteamericana. Se trataría, en suma, del surgimiento de lo que los conservadores califican como un gobierno de la muchedumbre alejado de las concepciones liberales filosóficas de protección de los derechos individuales inalienables a “la vida, la libertad y la propiedad” de John Locke, y más cercana al concepto de democracia populista radical erigida alrededor de una presunta soberanía popular indivisible e inalienable que proponía Rousseau, y que parece reflejarse tanto en la narrativa

populista, nativista y autoritaria del demagógico e impredecible Trump, como en la narrativa radical de revolución política o de insurgencia popular contra el *establishment* político de Washington y financiero de Wall Street que proponía durante su campaña Sanders. Aún y cuando este último fuera superado al final por Hillary Clinton, no deja de ser importante el camino que recorrió ni la capacidad de convocatoria que logró.

Entre contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas

En resumen, el desarrollo de la contienda presidencial dejó ver, desde su despliegue a comienzos de 2016, la tendencia descrita, en un entorno de acusadas contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas, que se inscriben en el expediente de la crisis cultural que como telón de fondo acoge, como ha sucedido en otras oportunidades, a una diversidad de figuras que van quedando en el camino, entre esfuerzos dirigidos a su propia promoción y a la descalificación de los demás contrincantes. En la sociedad norteamericana de hoy se han hecho más intensas y profundas las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008, ahora se asiste a la no menos inusitada nominación de una mujer presidenciable, con imagen de político tradicional, y de un hombre anti-*establishment*, cuya proyección totalmente escandalosa, irreverente, iconoclasta, herética, desvergonzada, le hacían ver como no presidenciable. Como señala Ramón Sánchez Parodi, “desde 2008,

el Partido Demócrata se ha anotado dos primicias en los comicios presidenciales: el primer presidente de ancestros africanos electo y la primera mujer nominada como candidata a la Presidencia”¹⁵.

En la Convención Demócrata, efectuada en Filadelfia, Pensilvania, se puso de manifiesto que desde los grupos identificables como progresistas hasta los conservadores dentro del partido fueron capaces de poner en buena medida a un lado sus diferencias y dar una imagen de unidad para sacar el mayor provecho de la fragmentación entre los republicanos. Aunque era esperable, la posición de Sanders ante la inminente convención fue una significativa muestra de compromiso partidista, ante la eventualidad del arrollador avance de Trump como contrafigura de la Clinton en el bando opuesto. Así, desde el primer día del evento, expresó su total apoyo a la nominación de Hillary Clinton y restó importancia a las filtraciones de *Wikileaks*. Para contentar a los partidarios de Sanders, en la plataforma política aprobada en la Convención se incluyeron algunas de sus reivindicaciones favoritas y, en general, de los grupos progresistas y liberales demócratas. Estos sectores tuvieron también la posibilidad de mostrar su frustración con una cuota de abucheos y gritos de protesta, dentro de las normas toleradas en ese tipo de evento.

Los demócratas cerraron filas alrededor de la candidatura de Hillary Clinton, en contraste con el panorama entre los republicanos en

relación con la candidatura de Donald Trump. Sin embargo, ello no debe comprenderse como una señal de monolitismo ideológico, sino que no ha sido más que una concertación política coyuntural o circunstancial. Como lo evidenció el desgastante proceso que abarcó desde las primeras primarias y caucus hasta la reciente convención nacional. El partido demócrata estuvo fuertemente dividido. Las plataformas sobre las que se movían los diversos discursos --principalmente, los de la Clinton y Sanders-- eran expresión de grandes diferencias y confrontaciones. Empero, en la actualidad, parece haberse impuesto como mayoritaria la corriente de la cual la propia Clinton ha sido su mejor exponente, es decir, el ala derecha del partido demócrata.

Por su parte, en la Convención Republicana, realizada en Cleveland, Ohio, a pesar de la tardía conciencia de los republicanos tradicionalistas por salvar la imagen y la coherencia de su partido y de la búsqueda de alternativas, se impuso la figura de Trump, con su retórica demagógica y expresiones fanáticas de xenofobia, espíritu anti inmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia. Los esfuerzos de los republicanos tradicionales por presentar opciones a Trump dejaron claro tanto la polarización al interior del partido, como el hecho de que no se sentían reconocidos con su figura ni con el ideario que pregona. No debe perderse de vista que en el partido republicano coexisten grupos muy diversos, con posiciones hasta encontradas, como los conservadores ortodoxos, los variados e inconexos grupos del *Tea Party*, los cristianos evangélicos y los libertarios. Trump ha encontrado un terreno fértil, según ya se ha

¹⁵ Ramón Sánchez Parodi, “Estrategia demócrata, unidad ante diferencias”, en *Granma*, 28 de julio, La Habana, 2016. <http://www.granma.cu/mundo/2016-07-28/estrategia-democrata-unidad-ante-diferencias-28-07-2016-21-07-55>.

explicado, en las condiciones que han afectado el lugar y papel de un sector específico de la sociedad norteamericana, lo que ha podido explotar en su beneficio en la medida en que fue capaz de hablar su mismo lenguaje, de dirigir su discurso populista y patrioterero hacia los corazones y las mentes de los *wasps*.

Los Estados Unidos han dejado de ser hace tiempo el país que creen o dicen ser. Las contradicciones en que ha vivido y vive hoy, en términos ideológicos y culturales no pueden ya ser sostenidas ni expresadas por la simple retórica. Escapan a la manipulación discursiva, mediática, partidista, gubernamental tradicional y colocan a la nación ante dilemas políticos que los partidos no están en capacidad de enfrentar.